

La balsa de piedra

Revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea



La balsa de piedra, n.º 3, abril-junio 2013, p. 3.

ISSN: 2255-047X

"La sumisión en la tecnocracia (revisado)"

"The submission on technocracy (revisited)"

[Fernando López Laso](#)

(Centro Regional de Innovación y Formación "Las Acacias" -España-; Fundación Gustavo Bueno -España-; fernandolaso@hotmail.com)

Resumen: Este artículo ha sido revisado por el autor en diciembre de 2010. En su momento, se planteó en parte como una tentativa de contribuir a la necesaria "vuelta del revés" de Marx, propugnada desde hace bastantes años por Gustavo Bueno (véase, por ejemplo, el *Primer Ensayo sobre las categorías de las "Ciencias Políticas"*, Cultural Rioja, Logroño 1991, págs. 280-284). La revisión afecta principalmente a las traducciones de los *Grundrisse* de Marx (véase la nota siguiente), ahora en versión del propio autor. También se han realizado algunas correcciones estilísticas para facilitar la lectura, y añadido referencias en las notas.

Palabras Clave: Tecnocracia, marxismo, socialismo, materialismo filosófico, capitalismo, política.

Abstract: This article has been revisited by the author in December of 2010. At the time, was raised in part as an attempt to contribute to the necessary "turn the other way around" of Marx, advocated for many years by Gustavo Bueno (see, for example, the "*First essay on the categories of the "Political Science"*", Cultural La Rioja, Logroño 1991, pp. 280-284). The revision mainly affects the translations of the *Grundrisse* Marx (see note below), now in version of the author himself.

Keywords: Technocracy, marxism, socialism, philosophical materialism, capitalism, politics.

“Las sociedades científicas están todavía en su infancia. Puede merecer la pena dedicar unos momentos a especular sobre las posibles evoluciones futuras de aquellas que son oligarquías (...).

“Ha de esperarse que los avances en fisiología y psicología otorgarán a los gobiernos mucho más control sobre la mentalidad individual del que poseen ahora incluso en los países totalitarios (...).

“Dieta, inyecciones y mandatos se combinarán, desde una edad muy temprana, para producir la clase de carácter y la clase de creencias que las autoridades consideren deseable, y cualquier crítica seria de los poderes existentes se tornará psicológicamente imposible. Incluso si todos son miserables, todos se creerán felices, porque el gobierno les dirá que lo son.”

(Bertrand Russell, *The Impact of Science on Society*, 1952)

Dentro del gran venero teórico que son los *Grundrisse* (1) de Marx, son particularmente esclarecedoras las últimas páginas del cuaderno VI y las primeras del VII, escritas a comienzos de marzo de 1858. Pueden decirse muchas cosas de los *Grundrisse*, dada su amplitud y complejidad, salvo una de las que más se han repetido: que son un *mero borrador*, preparatorio para la redacción de *El Capital*. Y ello queda vivamente reflejado en estas páginas porque, como sucede en tantos otros lugares de este singular compendio de economía política, pródigo en filosofía, su temática no es abordada en la más famosa obra de Marx. Una temática que, en nuestra época, es precisamente la crucial: la completa automatización del sistema productivo, determinada por la constante revolución tecnológica que se ejerce sobre el capital fijo (esencialmente, la maquinaria) y sus posibles repercusiones sociales.

Es en estas páginas aún hoy bastante desconocidas, y con la naturalidad que le brinda no destinar sus análisis a la publicación, donde Marx extrae condensadamente las consecuencias de la evolución tardía del capitalismo, correspondientes a la fase de la relación capital plenamente desarrollada –la subsunción real del trabajo en el capital (2)– que sólo se alcanzará en el último cuarto del siglo XX:

“Una vez inmerso en el proceso de producción del capital, el medio de trabajo es sometido a diversas metamorfosis, la última de las cuales es la *máquina* o más bien un *sistema automático de maquinaria* (...) puesto en movimiento por un autómeta, por fuerza motriz que se mueve a sí misma; este autómeta se compone de muchos órganos mecánicos e intelectivos, de manera que los trabajadores mismos están determinados únicamente como miembros conscientes del sistema. En la máquina, y más aún en la maquinaria como sistema automático, el medio de trabajo ha adquirido (...) una existencia adecuada al capital fijo y al capital en general, y la forma con que el medio de trabajo (...) ingresa en el proceso de producción del capital, es superada por una forma puesta por el capital y correspondiente a éste. En ningún sentido se muestra la máquina como medio de trabajo del obrero individual. Su *differentia specifica* no es en modo alguno, como en el medio de trabajo, transmitir al objeto la actividad del trabajador, sino que esta actividad está regulada de tal modo que se reduce a transmitir a la materia prima el trabajo

o acción de la máquina, a la cual supervisa y preserva de averías. No como en el instrumento, al cual el trabajador anima, como a un órgano, con su propia destreza y habilidad, y cuyo manejo depende por tanto del virtuosismo de aquél. Sino que la máquina, poseedora para el trabajador de la habilidad y la fuerza, es en sí misma la virtuosa, posee un alma propia presente en las leyes mecánicas que operan en ella (...). La actividad del trabajador, reducida a una mera abstracción de actividad, está determinada y regulada por completo por el movimiento de la maquinaria, y no a la inversa. La ciencia, que obliga a los miembros inanimados de la máquina, merced a su construcción, a operar como un autómatas de acuerdo a un fin, no está en la conciencia de los trabajadores sino que opera a través de la máquina como un poder extraño (*fremde*) **(3)** sobre ellos, como poder de la máquina misma. La apropiación del trabajo vivo a través del trabajo objetivado -de la fuerza o actividad valorizadora a través del valor que es para sí mismo- presente en el concepto del capital, está puesta, en la producción fundada en la maquinaria, como carácter del proceso de producción mismo también desde el punto de vista de sus componentes y de sus movimientos materiales. El proceso de producción ha dejado de ser proceso de trabajo en el sentido de estar regido por el trabajo como unidad dominante. Éste se muestra sólo como órgano consciente, difundido bajo la forma de diversos trabajadores vivos presentes en múltiples puntos del sistema mecánico, y subsumido en el proceso global de la maquinaria misma como un miembro más del sistema, cuya unidad no está en los trabajadores vivos, sino en la maquinaria viva (activa), la cual se presenta frente al trabajador, frente a la actividad individual e insignificante de éste, como un enorme organismo” **(4)**.

La impresión del pasaje parece convertir en superfluo cualquier comentario. Marx ha descrito - muy genéricamente, es cierto- una factoría robotizada. Y asombra cómo la descripción del proceso productivo contemporáneo es formulada, hace más de ciento cuarenta años, con una clarividencia inconcebible para muchos estudiosos actuales. Puesto que sus descubrimientos económicos en los *Compendios* le han permitido ya comprender los factores clave en la aplicación sistemática de la técnica científica a la producción capitalista, ha podido también columbrar -en cierta medida- la evolución posterior de los métodos productivos. Pero más allá de la impresión inicial, no es tan evidente la tesis central a la que apunta: la ley del valor deja de regir, en el sistema automático de la maquinaria, el sistema productivo. Y para entender lo que significa este hecho crucial, la caída de la ley valor -y por tanto, del capitalismo- es necesario seguir un poco más la línea luminosa del razonamiento:

“El desarrollo del medio de trabajo como maquinaria no es azaroso para el capital, sino la metamorfosis histórica del medio de trabajo legado por la tradición, convertido en apropiado para el capital. La acumulación del conocimiento y la destreza, de las fuerzas productivas universales del intelecto social, es absorbida en lo concerniente al trabajo por el capital, y aparece en consecuencia como propiedad del capital, y más precisamente del capital fijo (...). La *maquinaria*, pues, se muestra como la forma más apropiada del capital fijo y el capital fijo - en cuanto se considera al capital en su relación consigo mismo- como *la forma más apropiada del capital en general* (...).

“En cuanto la maquinaria, además, se desarrolla con la acumulación de la ciencia social (...), no es en el trabajador sino en el capital donde se ha obtenido el trabajo social universal (...). En la maquinaria, la ciencia se presenta (al trabajador) como extraña, foránea ante él (*fremdes ausser ihm*), y el trabajo vivo subsumido bajo el (trabajo) objetivado, el cual opera autónomamente. El trabajador se muestra superfluo (...). El proceso entero de la producción no se despliega subsumido directamente bajo la habilidad del trabajador, sino como aplicación tecnológica de la

ciencia. Otorgar a la producción un carácter científico es, por consiguiente, la tendencia del capital, y reduce el trabajo inmediato a un mero momento de tal proceso” (5).

La clave de esta evanescente insignificancia del trabajador radica en que “el *trabajo inmediato* deja de ser, en cuanto tal, base de la producción, por una parte porque se transforma en una actividad más supervisora y reguladora, y también porque el producto deja de ser producto del trabajo inmediato, aislado, y es más bien la *combinación* de la actividad social la que aparece como productora” (6).

Casi cien años después, en 1952, Bertrand Russell corrobora el diagnóstico en *El impacto de la ciencia en la sociedad*, como puede apreciarse en el siguiente pasaje, que cito también literalmente por su claridad:

“El más obvio e inevitable efecto de la técnica científica es que vuelve a la sociedad más orgánica, en el sentido de incrementar la interdependencia entre sus diversas partes. En la esfera de la producción, esto adquiere dos formas. Está primero la muy estrecha interconexión entre los individuos comprometidos en una empresa común, p.ej., en una factoría singular; y segundo está la relación, menos estrecha pero aún esencial, entre una empresa y otra. Cada una de ellas deviene más importante con cada avance de la técnica científica” (7).

En el análisis de Marx, alcanzamos aquí precisamente el punto de inflexión. Las determinaciones anteriores no implican en modo alguno que la relación social del capital sea la mejor relación productiva para el empleo de la maquinaria, la más apropiada para este sistema. Muy al contrario, a través de ellas el capital avanza inexorablemente hacia su propia disolución:

“En la medida misma en que el tiempo de trabajo -el mero cuanto de trabajo- es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principios determinantes de la producción -de la creación de valores de uso; en esa misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento en verdad imprescindible, pero subalterno frente al trabajo científico universal, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales, por una parte, y por otra frente a la fuerza productiva universal resultante de la estructuración social de la producción en su conjunto, fuerza productiva que aparece como don natural del trabajo social (si bien, producto histórico). El capital trabaja, así, en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción” (8).

La razón de ello estriba en que “el capital es en sí la contradicción en proceso, puesto que tiende a reducir el tiempo de trabajo a un mínimo, mientras por otra parte pone al tiempo de trabajo como la única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, en consecuencia, el tiempo de trabajo en la forma del (trabajo) necesario, para aumentarlo en la forma del (trabajo) excedente; pone por tanto, en creciente medida, el (trabajo) sobrante como condición -*question de vie et de mort*- del necesario. Por un lado llama a la vida a todas las potencias de la ciencia y la naturaleza, así como de la cooperación y el intercambio sociales, para lograr que la producción de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro, se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales logradas de esta suerte y reducirlas a los límites exigidos para que el valor ya producido se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales -ambas, aspectos diversos del desarrollo del individuo social- se le aparecen al capital sólo como medios, y no son para éste más que medios de producir desde su estúpido fundamento” (9).

Aquí alcanza la aporía su máxima densidad. Marx reitera que “*el tiempo de trabajo como medida de la riqueza pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza (...), o asigna todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y en consecuencia lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo.*” Y subraya explícitamente acto seguido: “*La maquinaria más evolucionada, pues, compele actualmente al obrero a trabajar más tiempo que trabaja el salvaje o que trabajaría el mismo obrero con las herramientas más sencillas y toscas (10).* Puesto que, según hemos visto, para el capital “no son más que medios de producir desde su estúpido fundamento.” Y sin embargo... “*In fact* (de hecho), son las condiciones materiales para volarlo por los aires” (11).

Tan asombroso contraste se resuelve debido a que “el trabajo ya no aparece tan confinado en el proceso de producción (...). El trabajador (...) se presenta al lado del proceso productivo, en lugar de ser su agente principal. En esta transformación lo que aparece como el gran pilar de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su misma fuerza productiva global, su comprensión de la naturaleza y su dominio de ésta gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social. *El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual*, se muestra como un fundamento miserable respecto a éste recién desarrollado, producido por la misma gran industria. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y ha de dejar, de ser su medida, y por tanto el valor de cambio del valor de uso. *El plustrabajo de la masa* ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza universal, así como el *no-trabajo de los pocos* ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes universales del entendimiento humano. Con esto quiebra la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso inmediato de producción material se le retira la forma de la necesidad apremiante y del antagonismo” (12).

El problema que se plantea es claro: ¿Cómo pueden conciliarse la última conclusión liberadora y la evidencia, resaltada reiteradamente por Marx, según la cual “pertenece al concepto del capital, que la acrecentada fuerza productiva del trabajo se establezca antes bien como el aumento de una fuerza extraña al trabajo y como el propio debilitamiento de éste” (13)? Pues – como no podía dejar de precisar– “el medio de trabajo hace autónomo al trabajador, lo pone como propietario”, mientras “la maquinaria –en cuanto capital fijo– lo pone como no autónomo, lo pone como poseído” (14). Nuestro filósofo arguye que “este efecto de la maquinaria rige en tanto está determinada como capital fijo, y está determinada en cuanto tal sólo porque el trabajador se comporta como asalariado, y el individuo activo en suma como mero trabajador” (15). Desde nuestra perspectiva histórica, es inevitable cuestionarse si ésta es razón suficiente para acallar la resonancia de la paradoja anterior: “*La maquinaria más evolucionada, pues, compele actualmente al obrero a trabajar más tiempo que trabaja el salvaje o que trabajaría el mismo obrero con las herramientas más sencillas y toscas*” (16). Mas para situar debidamente la dificultad en sus términos marxianos, es necesario recordar aquí el comienzo del capítulo XIII (Sección Cuarta) del libro I de *El Capital*, abierto con esta cita: “En sus *Principios de economía política* dice John Stuart Mill: «Es discutible que todos los inventos mecánicos efectuados hasta el presente hayan aliviado la tarea cotidiana de algún ser humano.» A lo cual apostilla Marx, a pie de página: “Mill debió haber dicho: de cualquier ser humano no alimentado por el trabajo de otros, pues es incuestionable que la maquinaria ha aumentado considerablemente el número de ociosos distinguidos” (17). La revolución, como la espada de Alejandro, cortaría el nudo gordiano.

Marx especula con que la enorme cantidad de tiempo liberado por las máquinas para el conjunto de la sociedad y para cada uno de sus individuos en particular, producirá una transformación tan decisiva en el bagaje del conocimiento y en la mentalidad socialmente dominante –en el *general intellect*, como gustaba decir– que ha de resultar incompatible con la sumisión al trabajo asalariado. En esencia, prevé que la automatización ha de provocar un contraste tan estridente entre las posibilidades de disfrute abiertas y la sordidez de la sumisión al capital, un estallido tal de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, que habrá de ser percibida por una mayoría abrumadora. Así, la potencia adquirida por la oposición determinaría inexorablemente el desmoronamiento del capitalismo. Y es aquí donde el choque con nuestra percepción de los hechos se impone como inevitable. Pues nada menos que casi toda nuestra experiencia apunta en la dirección opuesta. Debido a una compleja constelación de causas, la sumisión al trabajo asalariado es, en la era de la tecnología automatizada, más imperceptible que nunca para las propias víctimas de tal sometimiento. Se diría que los hilos de nuestro cautiverio se han tornado translúcidos. Salvo para una exigua minoría, la nuestra es la época de la sumisión imperceptible.

Es preciso, sin embargo, situar debidamente el problema. No se trata de repetir la vieja cantilena 'humanista' entonada por la revista *Nature* en la época de la Gran Depresión, deplorando que la ciencia aplicada sistemáticamente a la producción industrial a gran escala destruye al hombre, convirtiéndolo en un apéndice de la máquina **(18)**. Menos aún, de resucitar los lacrimógenos 'ideales románticos' añorantes de los buenos viejos tiempos anteriores a la industrialización, que tanta y tan justificada hilaridad suscitaban en Marx. Pues, como tantas veces reiteró el propio Marx, el caudal de tiempo disponible suministrado por las máquinas, considerado en sí mismo, abre una inabarcable variedad de posibilidades liberadoras. La cuestión es, escuetamente, si la estructura de poder desarrollada por el capitalismo automatizado contemporáneo dificulta más bien que propicia –como pensaba Marx, según hemos visto– la realización de tales posibilidades.

Sólo en el plano de estas coordenadas tiene sentido que volvamos a la tesis de Bertrand Russell con cuya cita -tomada de *El impacto de la ciencia en la sociedad*- comenzaba esta exposición. En el despliegue del análisis sobre “La técnica científica en una oligarquía” (Capítulo 3) afirma:

“Las sociedades científicas están todavía en su infancia. Puede merecer la pena dedicar unos momentos a especular sobre las posibles evoluciones futuras de aquellas que son oligarquías.

“Ha de esperarse que los avances en fisiología y psicología otorgarán a los gobiernos mucho más control sobre la mentalidad individual del que poseen ahora incluso en los países totalitarios. Fichte sostuvo que la educación debería apuntar a la destrucción de la libre voluntad para que, una vez que los alumnos hubiesen abandonado la escuela, fuesen incapaces, durante el resto de sus vidas, de pensar o actuar de otro modo al que sus maestros hubiesen deseado. Pero en sus días esto era un ideal inalcanzable: lo que consideraba como el mejor sistema existente produjo a Karl Marx. En el futuro no es probable que tales fallos ocurran donde hay dictadura. Dieta, inyecciones y mandatos se combinarán, desde una edad muy temprana, para producir la clase de carácter y la clase de creencias que las autoridades consideren deseable, y cualquier crítica sería de los poderes existentes se tornará psicológicamente imposible. Incluso si todos son miserables, todos se creerán felices, porque el gobierno les dirá que lo son” **(19)**.

Aunque este vaticinio fue escrito en 1952, no está demasiado lejos de una descripción precisa de la situación contemporánea. Russell se refiere explícitamente a las dictaduras después de la alusión a las ideas pedagógicas de Fichte, pero la expresión empleada al comienzo, según la cual los gobiernos dispondrán de “mucho más control sobre la mentalidad individual del que poseen ahora incluso en los países totalitarios”, muestra cómo su pronóstico pretende abarcar otras formas de oligarquía, e incluso las democracias liberales en la medida en que sean oligárquicas *de facto*. No deja de ser irónico, además, que el cumplimiento de los ideales educativos de Fichte en lo concerniente a la destrucción de la voluntad -si libre o no en términos ontológicos y no meramente políticos, es materia de mayor calado filosófico que no intentaremos abordar aquí- se haya aproximado gracias a las doctrinas pedagógicas en boga, no a través de la disciplina, el imperativo y la interdicción que produjeron a Karl Marx, sino del descrédito de la autoridad académica, la trivialización de las enseñanzas y la práctica renuncia a todo esfuerzo de aprendizaje. Los maestros hace tiempo que no son referencia significativa alguna para la conducta de sus alumnos, sustituidos por los protagonistas de los programas televisivos, la publicidad comercial, el deporte-espectáculo y los juegos cibernéticos. Y esto sucede no ya en las dictaduras o en las oligarquías de regiones atrasadas económica y tecnológicamente, sino en las sociedades más desarrolladas de nuestra época, herederas de la tradición liberal: las sociedades de control **(20)**.

Conspicuos analistas han señalado cómo el nuevo orden mundial -designado con el ambiguo término 'globalización'- implica un ominoso rebrote del autoritarismo, especialmente marcado en los países con instituciones representativas derivadas de la tradición liberal. Las estructuras de poder de las sociedades tecnológicas actuales determinan que oligarquías acorazadas, prácticamente inamovibles mediante las instituciones democráticas tradicionales, y displicentemente insensibles a los deseos y necesidades de los gobernados, rijan las vidas de enormes masas de ciudadanos impotentes. Y hay razones para sostener que esta deriva, con reminiscencias del Antiguo Régimen, se intensifica a escala mundial **(21)**.

Entrando en un análisis empírico, James Petras -por tomar un caso representativo- destaca cómo el orden imperial posterior a 1989, mediante la promoción de los intereses de las instituciones económicas dominantes, ejerce profundos efectos sobre las sociedades democráticas. En una dimensión estructural, esto significa que *agentes externos*, es decir funcionarios no electos, adoptan decisiones macroeconómicas y macrosociales que determinan en gran medida las estructuras básicas de la economía y el grado de prosperidad de las naciones **(22)**. En la actualidad, en muchos lugares del mundo, funcionarios del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional deciden sobre los gastos del gobierno, las relaciones de propiedad (pública vs. privada), las estrategias de desarrollo (hacia mercados de exportación o internos), y muchos otros asuntos de vital importancia para las sociedades, evitando el sistema electoral. Si el autoritarismo consiste esencialmente -arguye Petras- en la adopción de decisiones sin consulta ni responsabilidad pública, el poder creciente de los funcionarios no electos de las instituciones financieras internacionales es un factor de gran eficacia en su propagación **(23)**.

Ahora bien, este nuevo autoritarismo -sostiene el sociólogo estadounidense- no puede confundirse con los viejos regímenes dictatoriales de carácter militar. Es un régimen híbrido, en el cual se combinan los procesos electorales y las libertades individuales consagradas por las leyes y las costumbres, con procedimientos altamente opacos y cerrados en la adopción de decisiones de la mayor importancia. En una medida paulatina, se abre una fractura entre la retórica populista de las campañas electorales y las duras políticas de ajuste de los gobiernos

surgidos de las elecciones. Incluso, la utilización deliberada por los partidos contendientes de esta fractura política, invita a cuestionar el significado real de las denominadas elecciones competitivas. Por añadidura, el uso creciente de decretos de carácter ejecutivo en la aplicación de los planes económicos (privatizaciones, políticas de ajuste estructural, &c.) se asemeja mucho más al estilo de los antiguos regímenes autoritarios que a las prácticas democráticas **(24)**. En este contexto -defiende Petras- ha de reexaminarse la idea de ciudadanía, diferenciando entre ciudadanía formal y ciudadanía sustantiva. Mientras la ciudadanía formal se circunscribe a los atributos legales conferidos al ciudadano por una constitución, ya sea escrita o no escrita, la ciudadanía sustantiva se refiere a la capacidad de los individuos de ejercer algún poder efectivo en los debates actuales acerca de las decisiones políticas. Para este analista hay pocas dudas sobre si a los ciudadanos se les niega sistemáticamente el derecho de voz y voto en las cuestiones sustantivas más graves que afectan a sus vidas: gastos del Estado, impuestos, privatizaciones, programas de austeridad, subvenciones a multinacionales, &c. Por ende, enfatiza que las desigualdades socioeconómicas son ahora más agudas de lo que han sido a lo largo de los últimos treinta años. La ambigua expresión 'sociedad civil' incluye a los más modestos trabajadores junto a inversores y banqueros mil millones que acumulan fortunas comprando y vendiendo empresas, en ocasiones para cerrarlas en una maniobra especulativa. Para los ejecutivos empresariales de la élite más rica, la ciudadanía consiste en adoptar decisiones macroeconómicas importantes; para los trabajadores, la ciudadanía consiste en adaptarse a esas decisiones o intentar resistirse a ellas a través de la acción política **(25)**.

También Russell señalaba ya en 1938, en el libro *Power*, un factor clave para el poder de la plutocracia en los países democráticos, en función de la eficacia de la propaganda: donde la cuestión debatida es simple y la opinión pública está definida, la plutocracia es impotente; pero allí donde la opinión pública está indecisa, o confusa por la complejidad del asunto, la plutocracia puede asegurarse un resultado político deseado **(26)**. Apenas es necesario añadir que, en las complejas sociedades contemporáneas, es mucho más frecuente el segundo caso. En el trabajo citado de 1952 describía cómo ya entonces era posible para un gobierno ser mucho más opresivo de lo que hubiera podido serlo cualquiera de los anteriores al desarrollo a gran escala de la técnica científica: mientras la propaganda facilita la persuasión por parte del gobierno, la propiedad pública de los locales y el papel -estimaba- dificulta la contrapropaganda; y la efectividad de los armamentos modernos imposibilita los levantamientos populares. “Aparte de la presión exterior -concluía- no hay razón por la que un régimen tal no hubiera de durar por muy largo tiempo” **(27)**. Con la salvedad de no ser imprescindible la propiedad pública de los locales y el papel, y del carácter no exclusivamente gubernamental de la propaganda, poco cabe objetar a esta estimación.

Guy Debord ha estudiado muy bien los deletéreos efectos de las nuevas tecnologías de la propaganda, fundadas en el imperio de la televisión y de la informática, sobre la mentalidad dominante en las sociedades de nuestra época. En *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo* **(28)** caracteriza la modalidad actual de la dominación espectacular, según su terminología, como estadio de lo espectacular integrado. Lo espectacular integrado unifica las dos modalidades que la dominación espectacular había adquirido anteriormente: la concentrada (propia del nacional-socialismo alemán y del socialismo real) y la difusa (propia del capitalismo liberal). Respecto a éstas, su modo de aplicación ha cambiado mucho. Por lo que se refiere a su dimensión concentrada, el centro rector ha pasado a estar oculto, y ya no se identifica con un dirigente conocido ni una ideología clara. Y en cuanto a la difusa, la influencia del espectáculo nunca había marcado hasta tal extremo la casi totalidad de las conductas y de los objetos producidos socialmente. El sentido final del espectáculo integrado -defiende Debord- es que se

integra o fusiona con la realidad misma, de manera que ya no se sitúa frente a la realidad como algo que le fuese ajeno. A lo espectacular concentrado se le escapaba la mayor parte de la sociedad periférica; a lo espectacular difuso, una parte muy pequeña. Pero hoy el espectáculo es apenas discernible de la propia realidad: “Excepto un legado todavía importante, pero destinado a menguar cada vez más, de libros y edificios antiguos, por lo demás cada vez con mayor frecuencia seleccionados y puestos en perspectiva según las conveniencias del espectáculo, no existe ya nada, ni en la cultura ni en la naturaleza, que no haya sido transformado y contaminado conforme a los medios y los intereses de la industria moderna. Incluso la genética se ha vuelto plenamente accesible a las fuerzas dominantes de la sociedad” (29).

Las nuevas tecnologías de la información, como muchos otros descubrimientos, abren una gran variedad de perspectivas liberadoras en un plano puramente abstracto. Sin embargo, hasta el momento no ha sido ésta la característica preponderante en su incidencia social (30). Entre otros riesgos que presentan, es evidente que han favorecido la especulación financiera hasta un punto seriamente peligroso para la preservación de una cierta estabilidad en el mercado mundial, con efectos sociales catastróficos. No faltan incluso quienes defienden que, combinadas con otras tecnologías de vanguardia bajo las estructuras de poder del capitalismo contemporáneo, han resucitado relaciones productivas precapitalistas como la esclavitud (p. ej., en la forma de esclavitud sexual) y nuevas modalidades de servidumbre (31). Es difícil negar que una notoria característica del presente de la economía mundial es la mezcla de tecnologías de vanguardia con relaciones sociales arcaicas. Puesto que la *era de la información* no se da en un vacío político neutral, no es la tecnología la que impone sus normas. Las élites privilegiadas de la economía y la política determinan la clase de información difundida y el uso de las tecnologías de la comunicación (32). Y aquí radica seguramente la paradoja más aguda: la era de la información es también la era de la gran expansión del secretismo, así como de los 'expertos' tergiversadores.

En 1980, cuando aún no existían Internet (en cuanto fenómeno de masas) ni los teléfonos móviles, Gilles Deleuze y Félix Guattari describieron en *Mil Mesetas* (33) la situación contemporánea como un escenario con fuertes reminiscencias del género de terror más característico del último siglo, la ciencia-ficción. Asemajaban entonces el capitalismo -como empresa mundial de construcción de subjetividades- a un sistema axiomático, del cual los Estados serían los modelos de realización. Lo propio de tal axiomática -defendían- es reinstaurar, mediante tecnologías novedosas, un régimen de esclavitud: la esclavitud maquina. Su tesis es que al crecer proporcionalmente el capital constante cada vez más respecto al capital variable -con la progresiva automatización- las instituciones del trabajo cambian, y la extracción de plusvalía extiende su campo a toda la sociedad. De este modo surge un colosal sistema de maquinaria en que los hombres se integran como partes constituyentes, en lugar de ser meros trabajadores o usuarios externos. “Si las máquinas motrices han constituido la segunda edad de la máquina técnica, las máquinas de la cibernética y de la informática forman una tercera edad que recompone un régimen de esclavitud generalizada: 'sistemas hombres-máquinas', reversibles y recurrentes, sustituyen a las antiguas relaciones de sujeción no reversibles y no recurrentes entre los dos elementos; la relación del hombre y de la máquina se hace en términos de mutua comunicación interna, y ya no de uso o de acción” (34). Deleuze y Guattari, aceptando las conclusiones de Foucault en *Vigilar y castigar*, resaltan cómo el ejercicio moderno del poder no se reduce a la alternativa clásica 'represión o ideología', sino que implica procesos de normalización, de conformación, modulación e información, basados en el lenguaje, la percepción, el deseo, &c., y ejecutados a través de microdispositivos de poder. Semejante conjunto implica simultáneamente relaciones de sujeción y relaciones de esclavitud, como dos

componentes que se refuerzan y realimentan continuamente. Para ilustrar este aspecto, toman como ejemplo la televisión. Se estaría sujeto a ella en tanto se la utiliza y consume, y en tal sujeción la máquina técnica seguiría siendo el intermediario entre dos sujetos, los productores y los consumidores. Pero se estaría esclavizado a la televisión, convertida ya en máquina humana, en la medida en que los telespectadores son ya piezas componentes intrínsecas, 'entradas y salidas', *feed-back* o recurrencias. La conclusión es que, en las sociedades contemporáneas, estamos sometidos a las dos operaciones a la vez, a través de las mismas cosas y de los mismos acontecimientos. Sujeción y esclavitud, más que dos fases en el ejercicio del poder, serían dos polos coexistentes **(35)**.

¿Nos encontramos, por ende, en la apoteosis de la servidumbre voluntaria **(36)**? ¿Estamos encerrados –merced a las tecnologías de las que nuestra civilización depende- en una suerte de laberinto de espejos donde apenas cabe ya discernir lo voluntario de lo forzoso? Es interesante constatar la ambigua respuesta de Deleuze y Guattari en 1980. La esclavitud maquinal –colegían- ha de darse siempre por presupuesta, aparece siempre como ya realizada, y ni es tan *voluntaria* ni es *forzosa* **(37)**. He aquí el triste signo de los tiempos.

No caben dudas razonables sobre si la ciencia ofrece la posibilidad de un bienestar para la especie humana mucho mayor del que haya sido conocido nunca. Pero al contrario de lo que concluía Russell en su trabajo de 1952, las condiciones esenciales para la realización de ese ofrecimiento se están distanciando de nosotros: consideradas en una escala global las guerras no se han atenuado, ni el poder de decisión presenta una tendencia distributiva –sino al contrario-, ni el control del crecimiento demográfico es suficiente para contener la miseria. Una de nuestras más perentorias necesidades es analizar, por emplear la expresión de Russell, el impacto de la ciencia en la sociedad. En un mundo de mentes configuradas por la industria del espectáculo, el feroz disparo de Apolo. Aún los dardos del dios que hiere de lejos.

Notas:

(1) *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie*, Instituto Marx-Engels-Lenin, Moscú 1939-41. La traducción más precisa de este título es *Compendios de la Crítica de la Economía Política*. Marx escribe la obra -la única exposición completa de su teoría económica- entre julio de 1857 y junio de 1858, y no llega a publicarse hasta la fecha indicada de la edición moscovita. Hay dos traducciones al español utilizables: Pedro Scaron (trad.), *Elementos fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*, Siglo XXI, México 1971; y Javier Pérez Royo (trad.), *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Crítica, Barcelona 1977.

(2) Véase MARX, Carlos, *El Capital*, Libro I, cap. VI (inédito), Siglo XXI Ed., México 1971.

(3) Aparece aquí una referencia a la teoría del poder en el capitalismo elaborada por Marx en su madurez filosófica (en estos mismos *Compendios*), la teoría de la dominación abstracta o teoría del *Entfremdung* (Extrañamiento). No puede desarrollarse aquí este planteamiento más que de forma indirecta, ya que su exposición requeriría un ensayo mucho más amplio.

(4) MARX, Carlos, Op. cit., Dietz Verlag, Berlín 1953, págs. 584-585. Citaré siempre en lo sucesivo por esta edición, reproducción de la original de Moscú.

(5) Op. cit., págs 586-587.

- (6) *Ibidem*, págs. 596-597.
- (7) RUSSELL, Bertrand (1952): *The Impact of Science on Society*, Unwin Paperbacks, Londres 1985, pág.42. Traducción mía.
- (8) *Op. cit.*, págs. 587-588.
- (9) *Ibid.*, págs. 593-94.
- (10) *Ibid.*, pág. 596.
- (11) *Ibid.*, pág. 594. Paréntesis mío.
- (12) *Ibid.*, págs. 592-593.
- (13) *Ibid.*, págs. 589-90.
- (14) *Ibid.*, pág. 590.
- (15) *Ibid.*
- (16) *Loc. cit.*
- (17) MARX, Carlos: *El Capital*, Libro I, Sección IV, Cap. XIII (vol. 2), Siglo XXI, México 1994.
- (18) Véase la descripción de HUERGA, Pablo en “*Ciencia, neutralidad y compromiso político*”, revista *El Zascandil Ilustrado*, núm.0, Oviedo 2000.
- (19) *Op. cit.*, pág. 62.
- (20) Cfr. DELEUZE, Gilles, “*Un nuevo cartógrafo*”, en *Foucault*, Paidós, Barcelona 1987, págs. 49-71 (Les Editions de Minuit, París 1986); y “*Post-scriptum sobre las sociedades de control*”, en *Conversaciones*, Pre-Textos, Valencia 1995, págs. 277-286.
- (21) Véase HART, Keith, *Money in an Unequal World*, Texere, Nueva York & Londres 2000; así como HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge (Massachussets) 2000. La lista de referencias podría extenderse muy ampliamente.
- (22) PETRAS, James, «*Globalización y ciudadanía: dimensiones sociales y políticas*». Recogido en el volumen *El informe Petras*, Ed. Iru, Hondarribia (Guipúzcoa) 1999, págs. 131 y sig.
- (23) *Ibid.*
- (24) *Ibid.*
- (25) *Ibid.*, págs. 134 y sig.
- (26) RUSSELL, Bertrand, *Power*, Unwin Paperbacks, Londres 1985 (1ª ed.: 1938), pág. 86.

(27) Op. cit., pág. 61.

(28) DEBORD, Guy, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona 1999 (*Commentaires sur la société du spectacle*, Gérard Levovici, París 1988).

(29) *Ibíd.*, págs. 21-22.

(30) Cfr. VIRILIO, Paul, *El ciber mundo: la política de lo peor*, Cátedra, Madrid 1997; *La bomba informática*, Cátedra, Madrid 1999.

(31) Cfr. PETRAS, James, “Justicia en la era de la información”, en diario *El Mundo*, 18 de mayo de 2000.

(32) *Ibíd.* Conclusiones similares obtiene Immanuel Wallerstein en algunos de los 'Comentarios' publicados quincenalmente por el Centro Fernand Braudel de la Universidad de Binghampton (Nueva York). Sobre el pretendido vacío político de la posmodernidad, véase JAMESON, Fredric, *Posmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham 1991.

(33) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Mil Mesetas*, Pre-Textos, Valencia 1988 (*Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Editions de Minuit, París 1980).

(34) *Ibíd.*, pág. 463.

(35) *Ibíd.*

(36) DE LA BÖETIE, Etienne, *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*, Tecnos, Madrid 2001.

(37) *Ibíd.*, pág. 465

Bibliografía:

MARX, Carlos:

El Capital, Libro I, cap. VI (inédito), Siglo XXI Ed., México 1971

Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie, InstitutoMarx-Engels-Lenin, Moscú 1939-41

RUSSELL, Bertrand:

The Impact of Science on Society, Unwin Paperbacks, Londres 1985

Power, Unwin Paperbacks, Londres 1985 (1ª ed.: 1938)

HUERGA, Pablo en “Ciencia, neutralidad y compromiso político”, revista *El Zascandil Ilustrado*, núm.o, Oviedo 2000

DELEUZE, Gilles:

“Un nuevo cartógrafo”, en *Foucault*, Paidós, Barcelona 1987

“Post-scriptum sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones*, Pre-Textos, Valencia 1995

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Mil Mesetas*, Pre-Textos, Valencia 1988 (*Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Editions de Minuit, París 1980)

HART, Keith, *Money in an Unequal World*, Texere, Nueva York & Londres 2000

HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) 2000

PETRAS, James:

«Globalización y ciudadanía: dimensiones sociales y políticas». Recogido en el volumen *El informe Petras*, Ed. Iru, Hondarribia (Guipúzcoa) 1999

PETRAS, James, “Justicia en la era de la información”, en diario *El Mundo*, 18 de mayo de 2000

DEBORD, Guy, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Anagrama, Barcelona 1999 (*Comentaires sur la société du spectacle*, Gérard Leovici, París 1988)

VIRILIO, Paul:

El ciber mundo: la política de lo peor, Cátedra, Madrid 1997

La bomba informática, Cátedra, Madrid 1999

JAMESON, Fredric, *Posmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism*, Duke University Press, Durham 1991

DE LA BÖETIE, Etienne, *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*, Tecnos, Madrid 2001